

# Ana María Rivadeo y la lucha por la nación

HÉCTOR ALEJANDRO QUINTANAR\*  
Y JAIME ORTEGA\*\*

La filósofa Ana María Rivadeo Fernández (1952-2025) tenía el poder de encontrar los signos sapientes y afectivos de todo, virtud que ejercía de forma permanente, tanto en su reflexión sobre el mundo y sus grandes pensadores como en las expresiones populares y cotidianas (sean la salsa de Cali, el tango del Sur o el fútbol del orbe); que también, para ella, fueron fuente de saber. Quizá por eso ella era, como Chavela Vargas, una “mexicana que nació donde le vino en gana”, en referencia a su oriundez argentina; y ejercía la indómita alegría que cantaba Gardel: “La vida fulera, tan injusta y maula / nos ha hecho rebeldes como los gorriones; / que mueren de rabia dentro de una jaula / mas llenan las plazas de alegres canciones”.

Nacida en la provincia de Tucumán, desde joven se dedicó a la comprensión de la realidad para la emancipación humana a través de unir dos atributos: una luminosa capacidad intelectual y un afable carácter, que la hacían pensar con lucidez y humor. Así, muy joven, interesada por la amplitud tensa de los peronismos, cuando los militantes cantaban la *Marcha peronista*, Ana Ri (como la conocían sus alumnos en Acatlán) se preguntaba sonriente si el verso donde decían “combatir al capital” se refería a las oligarquías o al libro de Marx. Empero, sin sectarismos, siempre ejerció una militancia de izquierdas capaz de detectar las condiciones reales; a los compañeros de ruta valiosos (peronistas o no) y, muy importante, al adversario mayor.

Esa inteligencia y postura política, empero, son peligrosas en tiempos de canallas en el poder. Su llegada a México en 1975, a los 22 años, no fue destino sino salvavidas: como muchos latinoamericanos que escaparon de la cruenta y prolongada represión anticomunista –ya sea la oficial de las dictaduras o la larvada de grupúsculos afines–, Ana Ri asumió a su nuevo país con la mejor gratitud: lo hizo tan suyo como la patria grande lo es para todos en ella.

Ese quiebre biográfico se tornó en rector de su pensamiento: el huir de la violencia inenarrable y salvar la vida, mas no la calma, que se debilita cuando se es víctima de una injusticia tan vil como oficial. Su llegada a la UNAM implicó un doble refugio, contra la sed de sangre de la dictadura argentina y para el ejercicio de la crítica y el pensamiento, donde su mentor, el filósofo hispano-mexicano Adolfo Sánchez Vázquez –también blanco de persecución fascista–, ejerció influencia crucial. Ana Ri irrumpió en la academia con una lectura innovadora de Kant y Hegel, pero al haber sorteado la represión en un

país solidario hacia afuera y contradictorio hacia adentro, dos cuestiones constituyeron las claves de su filosofía: pensar a la violencia y a la nación.

Su trabajo presentado como tesis de doctorado en 1991 y convertido en libro en el año de la insurgencia zapatista, que apareció titulado *El marxismo y la cuestión nacional*, versaba sobre las características de ese eje problemático que era la nación en un momento clave. El vendaval neoliberal había destrozado las formas de la politicidad de las clases subalternas y era preciso buscar en la totalidad del complejo social la punta de lanza que permitía resistir y avanzar frente a aquel giro violento dado por el capital. Enfrentar aquello supuso repensar el camino

recorrido por el marxismo y en el libro en cuestión, la filósofa demostró con creces la viabilidad de rearticular el binomio democracia y nación, frente al imperio totalizante del mercado.

Deseosa de contribuir con su esfuerzo teórico, insistió en que clase y nación eran elementos que no podían ser escindidos a menos de que se cediera al encierro economicista. Por el contrario (como han señalado sus alumnos Enrique Sandoval o Sandra Vanina), para ella el hecho nacional expresaba articulaciones de las dimensiones económicas, políticas y culturas de la modernidad en su dimensión abstracta (libertad e igualdad para los propietarios privados), siempre en el marco de formas sociales específicas y concretas donde los mitos colectivos, las herencias productivas, las dimensiones religiosas y étnicas conviven contradictoriamente.

De tal manera que la nación era “cuestión abierta” a la disputa por los grupos populares. Operando desde la tradición gramsciana, Ana Ri se colocó desde la trinchera que miraba la posibilidad de una hegemonía nacional-popular como aquella que podía tanto revertir lo destruido por el capital, como avanzar, en un proyecto de largo alcance, hacia una nueva construcción societal en clave democrática y de mayorías. Fiel a su gramscianismo, entendió siempre el privilegio de la política. Es este punto, el que hace su obra no un recuerdo de anticuario, sino una herencia viva (quizá más que nunca), a la espera de ser empleada para enfrentar los combates de nuestro tiempo.

*Para Diego y Tamara*

\*Autor del libro *Las raíces del Movimiento Regeneración Nacional*

\*\*Investigador UAM. Autor de *En el medio día de la revolución*

“

*Fiel a su gramscianismo, entendió siempre el privilegio de la política*

